

**Discurso en homenaje a Alice Darramón de Beitia con motivo del 65° aniversario de la Escuela de Artes del Teatro de la Universidad del Salvador (USAL).  
Josefina Lettieri, Licenciada en Artes del Teatro, profesora y miembro del Consejo Académico de la Facultad de Arte y Arquitectura.**

Señor Rector, Autoridades, docentes, estudiantes,  
Amigos del arte y del teatro,

Estamos reunidos aquí en el marco de los 65 años de nuestra carrera de escenografía. Y en el centro de esta celebración está Alice Darramón de Beitía, su creadora.

Todo se inicia a fines de los años 50, cuando Alice es convocada por el Padre Ernesto Dann Obregón con la misión de "hacer algo por un teatro cristiano". Se origina, con los primeros cursos de escenografía en el ámbito de la joven Universidad del Salvador, un espacio abierto a formar jóvenes orientados a las artes escénicas y al teatro. Luego estos cursos se transformarán en carrera y más tarde en Licenciatura.

Hace más de seis décadas, cuando no existían aún espacios universitarios dedicados a la formación integral en las artes escénicas, Alice imaginó —y concretó— una escuela donde se formaron artistas completos: creadores con sensibilidad, con técnica, con pensamiento crítico y con una profunda conciencia del rol del arte en la cultura y en la vida. Entendió que el teatro podía y debía tener un lugar en la Universidad. Y que formar artistas no era solo enseñar técnicas, sino abrir mundos, despertar conciencias, acompañar búsquedas.

Como docente, supo dejar una marca imborrable en generaciones de alumnos. Su enseñanza fue más allá del texto o de lo plástico: formaba con su ejemplo en el respeto por el oficio, en el valor del trabajo, personal y colectivo, apuntando a la más alta calidad artística; y en la búsqueda constante del Bien, de la Verdad y de la Belleza.

Quienes tuvimos el privilegio de aprender bajo su guía no la recordamos sólo como una profesora: la recordamos como una maestra en el sentido más pleno del término, alguien que acompañaba, desafiaba, escuchaba y guiaba con inteligencia y con generosidad. Tengo el honor de estar a cargo de algunas de sus cátedras. Atesoro varias de sus enseñanzas y trato de aplicarlas.

Decía Alice: "*Todo lo que está en la escena debe ser actuante*". Es algo que trato de transmitir también a mis alumnos. Quiere decir que lo que como escenógrafos decidimos poner en el escenario no puede ser sólo algo decorativo; tiene que tener un sentido, una función, tiene que servir para expresar algo. Es una enseñanza que podemos aplicar en nuestra vida y en nuestros actos también: todo debe ser actuante, todo debe tener un propósito, debe hacer una diferencia.

Y Alice hizo diferencia. Su legado no es solo institucional: es humano, es ético, es profundamente artístico. Está presente en cada clase, en cada obra que se gesta en esta facultad. Está vivo en quienes continuamos su tarea, haciendo escuela, honrando su nombre con el mismo amor por la enseñanza y por el teatro.

Es entonces con profunda gratitud y admiración que hoy le rendimos este homenaje. No podríamos entender lo que somos sin nombrarla, sin recordarla, sin agradecerle. Hoy, al celebrar los primeros 65 años de esta casa, queremos decirle gracias. Gracias, Alice, por habernos soñado.

Tu luz sigue iluminando nuestro escenario.

Muchas gracias